

4ºD.CUARESMA. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 15,1-3. 11-32

En aquel tiempo, se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos: -Ese acoge a los pecadores y come con ellos. Jesús les dijo esta parábola. Un hombre tenía dos hijos: el menor de ellos dijo a su padre: -Padre, dame, la parte que me toca de la fortuna.

El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Cuando lo había gastado todo vino por aquella tierra un hambre terrible y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces se dijo:

-Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi Padre, y le diré: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros»

Se puso en camino adonde estaba su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo.

Su hijo le dijo: -Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: -Sacad en seguida el mejor traje y vestidlo; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado.

Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y, llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Este le contestó:

-Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud. Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo.

Y él replicó a su padre: -Mira: en tantos años cómo te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuyas, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado.

El padre le dijo: -Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido, y lo hemos encontrado.

SENTIRNOS QUERIDOS POR DIOS

Dentro del itinerario cuaresmal, hoy el Evangelio nos presenta la gran parábola del hijo pródigo, o mejor, del «**padre misericordioso**». Una parábola que tiene como protagonista a un padre con sus dos hijos y con la que «**Jesús trata de explicarnos quién es Dios**». Jesús «**sabe hablar de Dios, porque le conoce**». Jesús «**sabe hablar del hombre, porque le conoce**».

Lo primero que encontramos en esta parábola es una perfecta «**definición del pecado y de la conversión**». «**¿Qué hay en la casa del padre?** Trabajo, cariño, responsabilidad, sentirse bien, tener alimento, pero, sobre todo, «**ser hijo**». «**¿Qué hay lejos de la casa del padre?**» Engaño, apariencia de felicidad, todo insatisfactorio y perecedero. El hijo pequeño ha cometido un grave error. Le ha parecido que hay cosas mejores que trabajar en la casa de su padre. «**El pecado es un grave error**», es «**sentirse atraído por algo que me va a hacer desgraciado**». Y, sobre todo, «**perder la dignidad y la identidad**».

El relato evangélico, en alusión a nuestro Padre Dios, nos muestra «**las características de ese padre**». Es un hombre siempre «**dispuesto a perdonar**» y que «**espera contra toda esperanza**». Sorprende sobre todo su «**tolerancia**» ante la decisión del hijo más joven de irse de casa. Podría haberse opuesto, sabiendo que se trataba de un muchacho joven e inmaduro. Sin embargo, le permite marchar, aun previendo los posibles riesgos. «**Así actúa Dios con nosotros**». Nos deja libres, también para equivocarnos, porque al creernos nos ha hecho el gran regalo de la «**libertad**». Y ahora nos toca a nosotros «**ser responsables**» y hacer un buen uso de ella.

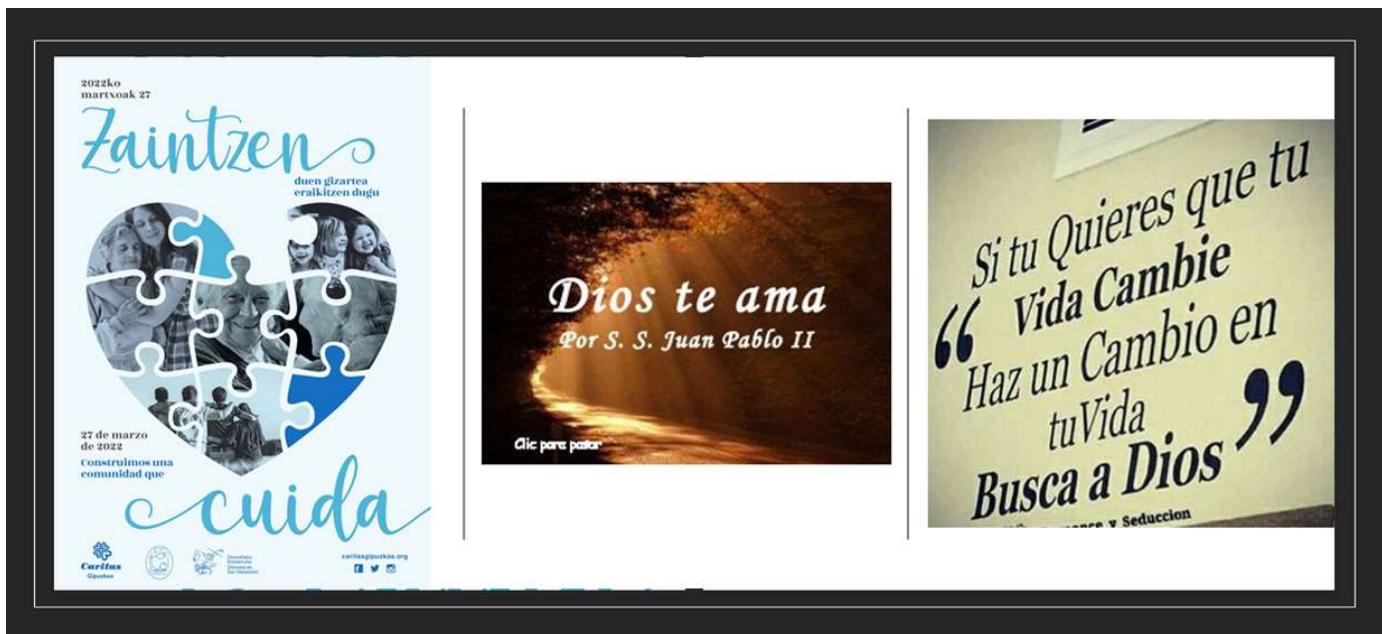
Pero la separación de ese hijo es sólo física. «**El padre lo lleva siempre en el corazón**», espera con confianza su regreso, otea continuamente el camino con la esperanza de verlo. Y un día lo ve aparecer a lo lejos y «**se conmueve**» al verlo. Corre a su encuentro, lo abraza y lo besa. ¡Y eso que ese hijo había hecho cosas graves! Pero «**el padre lo acoge así**».

«**La misma actitud reserva el padre al hijo mayor**», que siempre ha permanecido en casa y que ahora está indignado y protesta porque no entiende y no comparte toda la bondad hacia el hermano que se había equivocado. En términos humanos diríamos que tiene razón, pero el padre tiene corazón.

Y ese padre «*sale también al encuentro de este hijo mayor*», va a buscarlo y le recuerda que ellos han estado siempre juntos, que tienen todo en común. «*¿De verdad que no te alegras de haber recuperado a tu hermano?*»

Cuando, como el hijo pequeño, uno se siente pecador, se siente realmente poca cosa y podemos llegar a decir: «*Padre, soy una porquería*». «*Este es el momento de ir al Padre para acoger su misericordia*». Por el contrario, cuando nos sentimos justos, como el hijo mayor que dice: «*Yo siempre he hecho las cosas bien...*», con una actitud nada buena, con una jactitudo de soberbia!, de igual manera, «*el Padre vendrá a buscarnos. Él sabe cómo hacerlo*». Nuestro Padre espera a los que se reconocen pecadores y va a buscar a aquellos que se sienten justos. ¡Este es nuestro Padre!

La figura del padre de la parábola revela el «*corazón de Dios*» y lo esencial del mensaje es que «*el hijo es restituido a su condición de hijo sin ningún mérito propio*»; solamente porque el Padre está deseando hacerlo así. «*En cuanto el hijo da pie para ello*», recibe la plenitud del cariño del Padre.



Toda la vida espiritual de un cristiano nace de aquí: «*sentirse querido por Dios*». Él es el «*Padre misericordioso*» que nos ama y nos perdona siempre, que «*espera nuestra conversión*», cada vez que nos equivocamos. Espera nuestro regreso, cuando nos alejamos de Él pensando que podemos prescindir de Él. Él está «*siempre dispuesto a abrirnos sus brazos pase lo que pase*». Los errores que cometemos, aunque sean grandes, «*no rompen la fidelidad de su amor*». No estamos, pues, delante de ningún tribunal, estamos únicamente ante «*la exigencia del amor*», un amor que solo se satisface dando y esforzándose.

En el «*sacramento de la Reconciliación*» podemos siempre «*comenzar de nuevo*». Él nos acoge, «*nos restituye la dignidad de hijos suyos*» y nos dice: «*;Levántate, sigue adelante! ¡Quédate en paz!*».

En este tramo de la Cuaresma que aún nos separa de la Pascua, estamos llamados a intensificar el camino interior de conversión. «*Dejémonos alcanzar por la mirada llena de amor de nuestro Padre y volvamos a Él con todo el corazón*», rechazando cualquier compromiso con el pecado.

Hoy celebramos la «*Campaña de la Pastoral Sociocaritativa de Cáritas de Gipuzkoa*», bajo el lema: «*construimos una sociedad que cuida*». Nuestro mundo está necesitado de «*grandes cuidados*» a los que debemos hacer frente. Implorar la misericordia del Padre para que termine la guerra en Ucrania es uno de ellos. «*Sigamos rezando*» por el fin de esta guerra. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

27 de marzo de 2022